

nura con que os dijo Isabel: *Bendita erés entre todas las mujeres.* »

DIA DIEZ Y NUEVE.

SAN LUIS, OBISPO Y CONFESOR.

San Luis, mas célebre por su santidad y por sus milagros, que por su alto nacimiento, fué por su padre sobrino segundo de san Luis, rey de Francia, y por su madre, sobrino de santa Isabel, reina de Hungría. Nació en Briñoles de la Provenza el año de 1274, siendo el segundo hijo de Carlos II, llamado el Gotoso, rey de Nápoles y de Sicilia, y de María, hija de Estéban V, rey de Hungría. En la infancia de Luis nada se notó que oliese á niñez; todo parecia superior á su edad; todo era en él madurez de juicio, tanto su circunspeccion, como la gravedad de sus costumbres. Nunca tuvieron sus ayos necesidad de hacerle la menor advertencia en orden al cumplimiento de sus pequeñas obligaciones; anticipábase á sus instrucciones por aquella natural inclinacion á la piedad con que parecia haber nacido; y prevenia sus lecciones por el amor que profesaba al retiro y al estudio. Los juegos, las diversiones, los pasatiempos, y los demás ejercicios en que ordinariamente se suelen entretener otros príncipes de aquella edad, nunca fueron de su gusto. Su inclinacion era á leer libros espirituales, y mucho mas á la oracion. En la corte no solo se miraba con admiracion, sino que se llegaba á respetar su modestia. Aquella delicadeza, aquel regalo y aquel amor á los placeres que nacen con los grandes, que crecen con la edad y que se fomentan en las cortes, donde

todo conspira á lisonjear los sentidos y al amor propio, apenas fueron conocidos de nuestro jóven príncipe. Cuando los meninos que se criaban con él iban á jugar, Luis por lo comun se escondia de ellos, para pasar aquel tiempo en su oratorio. Lo mas admirable era que, en medio de las delicias en que se criaban los príncipes de su elevacion, Luis se aplicaba á mortificar sus sentidos, y á macerar su inocente cuerpo desde aquella tierna edad.

Tenia solos siete años cuando, no obstante el regalo con que se le procuraba criar, le encontraban muchas veces fuera de la cama y echado en la alfombra que estaba á los piés de ella, movido de un espíritu de penitencia. Así lo testificó la reina su madre, de cuya boca oyó esta particularidad el autor que escribió su vida. Sus paseos se terminaban siempre en alguna iglesia ó en algun convento de religiosos, siendo todo su gusto informarse menudamente de los ejercicios de mortificacion y de virtud que constituian el principal fondo de la vida regular. Nunca consentia que le pusiesen en las iglesias aquellas señales de distincion y de respeto que correspondian á su real nacimiento; porque ni su fe ni su veneracion á los altares se acomodaban con semejantes distintivos; y así, aunque le prevenian sitial, alfombras y almohadas, jamás usaba de ellas, y se arrodillaba siempre en la desnuda tierra. Su compostura y su modestia inspiraban modestia y compostura á todos los cortesanos; y solian decir que, para tener devocion, no era menester mas que ver al príncipe oír misa.

Ganaba los corazones de todos con su aire, con su apacibilidad y con sus compuestisimos modales. Los criados que componian su casa le llamaban el ángel de la corte; y con efecto, lo era por su rara pureza y por su inocencia. Poscia esta pureza en tan alto grado de perfeccion, que, aun siendo niño, no permitia que